

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

José Luis Martínez Morales

luispedro47@yahoo.com.mx

UV

## Pisando los dinteles de Los cerros azules

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*

Número 60, abril-junio 2022, pp. 23-26.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

\*Fotografías de interiores: Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# PISANDO LOS DINTELES

## de *Los cerros azules*

José Luis Martínez Morales

Cuarenta y seis años después de la aparición de *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez, Jorge López Páez publica *Los cerros azules* (1993). Mientras los episodios de la primera novela transcurren en un “Pueblo de mujeres enlutadas”, “Pueblo seco, sin árboles ni huertos”, “Pueblo sin alameda” (3, 4); los sucesos episódicos de la segunda se desarrollan en un pueblo con alameda, con árboles y huertos, pero donde la mayor parte del tiempo la gente permanece encerrada por la frecuente presencia de “La niebla, silenciosa, pachorra, monótona, aplastada sobre el pueblo” (54). Quizás por eso, el pueblo del autor jalisciense no tenga nombre, y el del autor veracruzano se llame Villa Niebla. Aunque, según conocedores, es Yahualica, pueblo jalisciense, el que dio el sustento de propiedades geográficas al pueblo fictivo de Yáñez; como Huatusco, población veracruzana donde nació López Páez, propició la configuración de Villa Niebla.

No es mi intención hacer una comparación detallada entre ambas novelas, pero sí consignar que la relectura de la novela de López Páez convocó en mí los espectros del mundo fictivo de Yáñez. Quizás porque en el fondo ambos espacios imaginarios comparten elementos

de sus respectivas historias. En los dos mundos imaginarios se siente la presencia de la autoridad eclesiástica que trata de imponer una moral rígida; en ambas historias se alude a personajes y acontecimientos históricos: los momentos previos al inicio de la Revolución mexicana, en el primer caso; y parte del periodo posrevolucionario, en el segundo. Una atmósfera tensa de temor y angustia oprime a los habitantes de los dos espacios. Cada obra, en cada uno de los extremos, es manifestación del movimiento histórico de México que parece haber dado más logros en la literatura y el arte en general que en la repercusión social.

En *Al filo del agua*, el periodo histórico es más preciso que en *Los cerros azules*: va de finales del mes de febrero del año 1909, durante el tiempo de la cuaresma católica, a noviembre de 1910, fecha considerada como el inicio de la Revolución mexicana. En la novela de López Páez, los acontecimientos novelescos se enmarcan dentro del segundo periodo de gobierno en Veracruz de Adalberto Tejeda: de 1928 a 1932; pues al inicio de la novela se hace referencia “a la última asonada, la del general Aguirre” (18), en referencia a Jesús María Aguirre, quien, siendo jefe de operaciones milita-

res en el estado de Veracruz, se sublevó el 3 de marzo de 1929; y el acontecimiento histórico más desarrollado es el que tuvo lugar en Huatusco, en junio de 1931: el homicidio del sacerdote José de Jesús Camo. Sin embargo, alusiones a personajes como Herón Proal y Ramón López Velarde descuadran un poco el marco histórico al que nos hemos referido. Sobre todo, la referencia a López Velarde. Celestino dice que “no hace mucho tiempo” tuvo la oportunidad de saludar al jerezano; y aunque la expresión temporal es muy relativa, si López Velarde murió en junio de 1921, el supuesto encuentro tendría que haber acaecido meses antes de la muerte del poeta y de que Celestino abandonara la Ciudad de México. De ser válida esta deducción, habría que adelantar el periodo histórico de la novela hacia el año 1920.

Mas no se trata de una novela histórica ni creo que a Jorge López Páez le hayan interesado las precisiones históricas de la época novelada. Su intención es más bien presentarnos la imagen de una ciudad provinciana desde la perspectiva de un nativo que sale a estudiar a la capital del país y tiene que regresar a su tierra. No es el amor al terruño lo que aquí se manifiesta, sino el desencanto de



Archivo personal de Jorge López Páez, reproducido con autorización de Víctor Balvanera

volver a encerrarse en un pueblo que, como el de Agustín Yáñez, sigue siendo igual a pesar de haber pasado el país por una revolución. Desde el enfoque de Celestino, el narrador comenta apenas iniciada la novela:

Imaginó las luces del pueblo. “Es una ciudad pequeña, pero ciudad”, como decía el pedante boticario. La gente se reconocía por las voces, por los sabidos bultos de los cuerpos, pero quién iba a ver con los focos del alumbrado tan altos, con esa corriente eléctrica sin fuerza, y lo que era peor, que se debilitaba de semana en semana. “¡Leyendo con velas, aún después de la revolución!”, exclamó, como si la revolución hubiera traído algo mejor, o como si realmente hubiera

acabado. Realmente sabrían en la capital *lo que pasaba en los pueblos rascuachos, como éste, que no era rascuacho, sino muy rascuacho* (10, subrayado mío).

Me parece que la visión crítica del personaje acerca de su pueblo es una de las intenciones más claras del autor al configurar a la sociedad de Villa Niebla, en clara homología a la de su tierra natal. Esta visión es compartida también por la esposa del doctor Manuel Tijerina, foránea y siempre en huida de esa atmósfera opresiva. Y otra vez recurro a la reminiscencia de la obra aludida de Agustín Yáñez, donde uno de sus personajes femeninos, Micaela, joven inquieta, sale del pueblo de mujeres enlutadas con su padre a conocer las ciudades de México y Guadalajara; a su regreso, reniega de la vida

pueblerina. “Pero, ¿qué es lo que tienes?”, le pregunta su tía Juanita; a lo que ella contesta: “Se te hace poco volver a este pueblo *rascuache* [...] Volver a vivir en este *camposanto*” (34, subrayados míos). Efectivamente, ella sabe que las ideas y las modas que aprendió de la urbe chocan con las buenas maneras de los habitantes de su pueblo y será criticada por ponerlas en práctica.

*Rascuache*, según el diccionario de la Real Academia Española, se utiliza coloquialmente en El Salvador, Honduras y México como un adjetivo que se dice de una persona o cosa “de mala calidad y de poco valor”. El *Diccionario de mexicanismos* de la Academia Mexicana de la Lengua le da el mismo significado, pero agrega su variante: *rascuacho, cha*. Francisco J. Santamaría, por su parte, en su *Diccionario de mejicanismos*, considera el segundo término como un vulgarismo del primero y le da a la palabra *rascuache* el significado de “Miserable, ruin, pobre” y señala que se dice de un lugar. Yo considero que cuando se habla de “pueblo rascuache o rascuacho”, más que referirse al lugar geográfico en sí, se está connotando a sus habitantes. Y adquiere mayor relevancia y emotividad cuando es dicho despectivamente por alguien originario del lugar y que ha tenido contacto con otra realidad más abierta, en moral y costumbres, como son los casos de Micaela y Celestino. La moral en estos pueblos es controlada en buena medida por la autoridad religiosa. En *Al filo del agua*, se dice claramente que el señor cura don Dionisio maneja el orden moral del pueblo desde el confesionario: “El confesionario es el centro de sus actividades, el punto desde donde dirige la vida –las vidas– de la comarca” (46); en *Los cerros azules*, Rosita y Martita, ayudantes del doctor Celestino en el hospital, manifiestan

el control que sobre las conciencias mantiene el cura Teódulo. Rosita le dice a Celestino: “Doctor, compréndame. Ya desde ahora tengo miedo de confesarme. Ojalá y el señor cura no me pregunte. Es que con esto que he hecho, ya no soy igual a las otras. Van a hablar” (51). Y lo único hecho por Rosita es haber preparado a un joven para la operación de su pierna, y haberle limpiado sus partes pudendas.

En una primera lectura de ambas novelas es fácil percibir cómo la moralidad ejercida por la autoridad eclesiástica es determinante para conservar el orden establecido que, por ser aceptado implícitamente por la mayoría de la comunidad, aún los no creyentes deben respetar. Y cuando no lo hacen o la transgresión sale a la luz pública, se paga al menos con la murmuración y la crítica de los demás; por eso, en Villa Niebla, la relación homosexual que se establece entre los doctores Manuel Tijerina y Celestino Amozorrutia es cuidadosamente ocultada por ellos y permanecerá como secreto al interior del mundo de la ficción. Esto no quiere decir que los representantes del poder eclesiástico siempre logren su objetivo, pues desde la visión de ellos, el poder del enemigo, encarnado en quienes de alguna u otra forma vienen a alterar o romper públicamente ese cerco de orden y moralidad, está al acecho. Así, en la obra de Yáñez, son “los norteños”, a quienes uno de los curas considera: “Vientos que traen cizaña, cizaña ellos mismos [...] los que han traído las ideas de masonería, de socialismo, de espiritismo” (151). En la novela de López Páez, por su parte, son los “rojillos” (agraristas y sindicalizados, cobijados por el gobierno de Tejeda) quienes representan al enemigo del orden establecido.

Si bien es cierto que en la novela del escritor huasteco no

se dan a conocer de manera directa ni los pensamientos ni las palabras del señor cura don Teódulo sobre el atentado al padre Camo, podemos deducir sus comentarios y arengas sobre el asunto por boca de algunas de sus feligresas. Para Mariquita Aguirre, la culpa no pudo provenir más que de los “rojillos”: “La mano de Tejeda, de todos esos rojillos, está detrás de eso. Ya lo verán: o fueron los agraristas o los del sindicato” (102). Para el doctor Tijerina, “la situación es tan delicada”, que si muere el padre Camo, habrá “funestas consecuencias”. Así le dice a Celestino: “Le estoy hablando a usted como si no fuera de aquí, pero en esta teocracia, si muere Juan Camo, va a traer, óigame usted y he escogido bien la palabra, funestas consecuencias”; y como Celestino parece no entender el sentido de las palabras del doctor Tijerina, este le comenta que ha escuchado rumores en la casa del padre Camo y que deben esperarse al domingo cuando dé el sermón el padre Teódulo: “Si los ánimos están calientes, usted va a ver cómo los enciende” (99). Y vaya que los va a encender; pero antes de comentar esta secuencia narrativa sobre el atentado al padre Camo y las consecuencias que se desencadenaron por su muerte, quisiera precisar: si bien existe un sustrato histórico de esta parte de la historia fictiva de López Páez, lo único seguro es que existió un sacerdote de apellido Camo y nombre José de Jesús, quien sufrió un atentado el 9 de junio de 1931 a la salida de Chavaxtla, y fue llevado herido a Huatusco donde murió a los 10 días. Antes o después del sepelio, se dio una agresión contra la multitud que acompañaba el funeral y un ataque al inmueble del sindicato de panaderos. Hubo varios muertos. Lo demás ya no se sabe si es construcción legendaria o hechos ciertos: que el sacerdote

fue atacado por un padre o marido celoso, que el vicario Rafael Cordera tuvo que huir porque fue el causante de enardecer a la multitud para que atacaran a los miembros del sindicato de panaderos... etcétera.

Jorge López Páez construye toda una secuencia narrativa a partir de esta base real y aprovecha ciertos elementos de la imaginación popular para darle mayor cohesión a su relato y lograr uno de los momentos de mayor tensión en su historia. El tiempo fictivo en que transcurren dichos acontecimientos es de aproximadamente dos meses, cuando en la realidad sucedieron apenas en unos doce días. Aunque a este hecho real se le sitúa por algunos en el marco de la guerra cristera (y en la nota de la primera de forros de la novela también se diga que “La historia ocurre en tiempos posteriores a la Revolución, durante la guerra cristera”); esto no es así. En el caso de la novela, si uno pone atención al desarrollo de los episodios, es fácil percibir que el autor quiere hacer ver al lector que es el padre Teódulo quien trata de situar dicho acontecimiento dentro de ese movimiento. En el velorio del padre Camo, el párroco les dice a los doctores: “Murió en cumplimiento de su deber, como muchos, muchísimos de nuestros compatriotas que en defensa de su fe, les ocurrió lo mismo. Ahí están los mártires de Jalisco, Michoacán y Guanajuato, por no citar otros estados piadosos, piadosos hasta el sacrificio” (144). Y cuando termina de rezar un rosario, “un hombre de grande y ronca voz, gritó: ‘¡Que viva Cristo Rey!’ Y todo mundo se puso a vitorear a Cristo, con fervor, con rabia, con angustia. Y a cada grito de ‘¡Que viva Cristo Rey!’ respondían: ‘¡Que viva, que viva!’” (144).

Desde el sermón del domingo, posterior al atentado, se resal-



Archivo personal de Jorge López Páez, reproducido con autorización de Víctor Balvanera

ta la manipulación que el cura hace de este suceso para incitar los ánimos de sus feligreses. Pánfilo le comenta a Celestino: “Don Teódulo es de Jalisco. Dicen que cuando todos se pusieron a cantar ‘Que viva Cristo Rey’, se les encharnaron los cuerpos” (115). El doctor Cueto, aunque tampoco estuvo presente durante el sermón, le dice a Celestino, “pero como si lo hubiera oído, hasta con las comas”; y por eso considera “la situación muy tensa, peligrosa, muy peligrosa” (117). No hace falta profundizar más para reconocer la manipulación del acontecimiento por parte de don Teódulo. Si el movimiento cristero se dio principalmente en Jalisco y estados vecinos, y la frase “¡Viva Cristo Rey!” se convirtió en santo y seña de dicha guerra, es indudable que el cura utiliza estos elementos para encubrir el verdadero motivo del atentado y aprovechar a su

vez *la venganza divina* contra los enemigos del orden moral por él representado: “los rojillos” de los sindicatos de panaderos y de zapateros. Para la Tules, al final pareja de Celestino, no hay duda de que el cura Teódulo es “el padre de la matazón” (339). Sin embargo, la manipulación del párroco se desmascara, para el lector, cuando nos enteramos que, según palabras del doctor Cueto, católico confeso, Juan Camo era un mujeriego y de allí el verdadero motivo del atentado: “O fue un padre. Me explico: un padre de familia que se enteró que había deshonrado a una hija o un novio o amante que se sintió engañado, o hasta un hermano, y no vamos a saber nada. Lo escopetearon a la mitad de un camino. El único que podría saberlo es él [ ... o] El párroco, don Teódulo. Él lo confesó” (120). Desde luego que estamos en territorios de la ficción; en

la realidad, quizá nunca se sabrá el verdadero motivo del asesinato del sacerdote Camo... Y aunque se supiera, esto no cambiaría la intención del autor de *Los cerros azules*.

Al término de la novela de López Páez, se cumple el sueño de la Tules: subir a los cerros azules. Sin embargo, cuando ella y Celestino llegan a la parte superior del cerro más alto, se dan cuenta que los cerros no son azules sino amarillentos. Y yo te digo, lector: si un cerro fuera una puerta o una ventana, podríamos decir que nuestros personajes pisaron el dintel del cerro... pero el dintel, según el diccionario de la Real Academia Española, es la “Pieza horizontal superior de puertas, ventanas y otros huecos, apoyada en sus extremos sobre las jambas y destinada a soportar cargas”. Cuando nosotros entramos a una casa, si acaso pisamos el umbral, pero no el dintel; pero no es la primera vez que leo en un texto literario que algún personaje pisa un dintel; y en el caso de la novela *Los cerros azules*, varias veces distintos personajes pisan los dinteles. Quizás la culpa sea de la neblina, pues, “A pesar de la espesa e irritante niebla que convertía a todos en sombras chinescas, *las gentes estaban bien paradas en los dinteles de las puertas*, o sentadas en las ventanas” (92, subrayado mío). Cosas de la literatura y del título de mi ensayo... **LPyH**

#### REFERENCIAS

- López Páez, Jorge. 1993. *Los cerros azules*. México: Joaquín Mortiz.  
 Yañez, Agustín. 1967. *Al filo del agua*. México: Porrúa.

**José Luis Martínez Morales** es investigador de literatura en la UV, autor –entre otras obras– de *Brevísimas lecturas* (2000) y *De cómo llegué a convertirme en glosador de textos literarios* (2017).